

CRONICA INTERNACIONAL

EL MENSAJE DEL PAPA Y LOS VOTOS PARA EL AÑO NUEVO.

Tema de predilección es el tema de la caridad para el Santo Padre. Cien textos áurcos lo corroboran, desde las Actas de la Sede Apostólica o desde las columnas del *Osservatore*. Exhortaciones a la caridad, a las que animan luces del Santo Espíritu, se suceden estos años en un idioma de contorno puro, creado para siempre.

La claridad y el orco de las cimas baja a los textos y se comunica a quien los consulta. Hallamos en ellos la doctrina que no muere y el rumbo que muestra ansiedad en instantes tan inciertos busca. Oyendo a Pío XII recomprobamos que entre los bienes que se nos dan, el sumo bien es el don de veneración que se nos acendra ante el hombre excelso. La caridad hermana a los hombres en una gran familia, y los textos que lo recuerdan vienen patrocinados por el pasaje en que San Pablo insta al mundo griego a que se conozca. Dios sacó de un mismo tronco el linaje de los hombres para que habiten la extensión de la tierra según el orden de los tiempos. Considérese, pues, a los seres humanos en la unidad de su origen, en la de su naturaleza, en la de su misión, en la de su fin sobrenatural y en la de los medios para alcanzarlo. A la caridad consagra sus meditaciones más altas el Pontífice, y nadie nunca la ha cantado ni con más belleza ni con más fuego que él. La caridad es el presente inenarrable de Cristo, sin la que el discurso, como enseñó el apóstol, es cimbalo que retiñe vanamente. De ella que urge a cuantos viven para que

no vivan sólo para sí nos habla Pío XII en sus homilias o en alocuciones como las que dirigió en junio del 39 al Capítulo general de frailes menores, y poco después al patriciado y la nobleza de Roma, o a los peregrinos de Croacia o de Chile, o a las Damas de la Compañía de San Vicente de Paúl, o a los Caballeros de la Orden de Malta, o a los recién casados: "Mirad, amados hijos e hijas --les dice a estos últimos--, cómo la necesidad de dar y de darse se manifiesta y resplandece estos días de abril en la naturaleza." Y glosa en un período de resonancia humanística el soneto 269 del Petrarca: "El aire, el agua y la tierra están llenos de amor." De caridad habla el Pontífice con ocasión de la audiencia a la Archicofradía de la Trinidad, de Nápoles, y de otra por la beatificación de Magdalena de Canosa, como también en su gran discurso en la Academia de Ciencias. A los que miran y no ven, a los poderosos de la tierra, a los fariseos, a quienes la aridez ha secado el alma, a los sabios a quienes el saber engríe, a los estadistas que añaden esterilidad a las crueldades de la guerra amonesta Pío XII. Días duros, ciertamente, los nuestros en que la soberbia hinchada hasta la deformidad lo está llenando todo de ruinas. El último mensaje del Papa es otra meditación sobre el tema. No es la guerra según fué un torneo de armas con reglas como las que nuestro infante Don Juan Manuel llamó reglas de oro. No se rige por códigos de honor ni admite ya entre los beligerantes los miramientos recíprocos. No es siquiera la ordalia de sangre para que el juicio de Dios se manifieste. La guerra ha degenerado y se rige más por impulsos ciegos que por leyes. Hace suyos, eso sí, los avances de la ciencia, pero con menoscabo de la moral y hasta de la honra. Hemos creado fuerzas que rompen su cauce y nos arrollan en su crecida: así la economía gigantesca que por cada mil señores hace un millón de autómatas, o sea, un millón de siervos. La ciencia misma se ha apartado del espíritu, y como en el proverbio antiguo, el mal que hace lo hace prodigiosamente bien.

A los trabajadores, Pío XII les reconforta con palabras en las que el resplandor de la belleza se vierte sobre la verdad: "Levantad y tened altas vuestras frentes, trabajadores. Mirad

al Hijo de Dios que con su Eterno Padre creó y ordenó el Universo, y hecho hombre al igual que vosotros, menos al pecado y crecido en edad, entró en la gran comunidad del trabajo.”

Un nuevo agnosticismo late en el fondo de doctrinas sobre el Estado, que han hecho redadas de corazones en las juventudes de Europa. Sin fines últimos más allá de la muerte sin eternidades no hay Estado con legitimidad ni Estado que la justifique. Vivimos y trasvivimos con conceptos de la mente divina y si nuestras invenciones no son ante todo trasuntos yerra quien las concibe. No aparta el Santo Padre a los que yerran, que son y siguen siendo hermanos nuestros. Conviene, empero, que las naciones consideren la culpa que en los infortunios del tiempo presente les alcanza. Pero la guerra con sus devastaciones ha cegado, además, el discernimiento de todos los beligerantes y ninguno entre ellos tiene la razón por entero, aunque nueva en formación de combate, también, y muy compactamente, sus razones. Prudentísima es en este punto la exhortación de Pío XII: “Nos por el bien y por la existencia misma de todos y cada uno de los pueblos, os decimos y os conjuramos a que os elevéis sobre vosotros mismos sobre toda estrechez de ideas y miras y sobre toda jactancia de superioridad militar y sobre todo a afirmación unilateral de derecho y de justicia.”

Quiere el Pontífice que la paz rehabilite al género humano ante sí y ante la historia, que es el antejuicio final de nuestros actos. Pero hasta la paz exige el empleo de la fuerza, ya que el hombre nace malo y se regenera difícilmente. Pero “divina consortes naturae”, o sea hay la gracia que nos hace partícipes de la naturaleza divina. ¡Confíemos! Estas festividades que van de la Navidad al Año Nuevo y del Año Nuevo a la Epifanía son siempre invitaciones a la esperanza. Todo gran día de la Iglesia trae su luz, su temple y su aroma. La liturgia así lo enseña y de la Epifanía al Corpus y de Pentecostés a la Navidad crea su ambiente propio. Días de confiar son estos que preceden a 1944. Ningún día llena su víspera, dicen, pero el de hoy 31 de diciembre es víspera de otro mayor que nos confortará con sus aleluias rituales. Triun-

fará el "tempus dilectionii" sobre el "tempus odii". La caridad, que es el presente inenarrable de Cristo, sea en el 1944 con nosotros.

LAS CONVERSACIONES ENTRE LOS CUATRO.

No ha habido, en rigor, conferencia de los cuatro. En la de El Cairo estuvo Chang-Kai-Chek con su esposa Mailing, pero no el mariscal Stalin. En la de Tabriz (1), la vieja Tauris, estuvo Stalin, pero no Chang-Kai-Chek. Ciudad muy poblada Tabriz, cae en el cerco de las que el irredentismo ruso codicia. Para el hombre de deliquio otras ciudades persas insinúan la invitación al viaje. Ecbatana está allí con sus inscripciones grabadas por Darío o por Jerjes, y Chiraz, con sus rosales y las tumbas de Hafiz y de Saadi, que son el secreto del Irán, como Ferdusi es la conciencia y el lujo. En este poeta, que es el adivino y la voz elegida para la publicación del bien, nada envejece, y el "Shah Nameh", que es la historia de las leyes de Persia en ciento veinte mil versos, es tan vivo ahora como en el siglo X. Pero si el hombre de deliquio rondó en Persia, Nichabur o Ispahan con sus palacios en ruinas, el hombre de presa ronda Tabriz y lo tasa en la metrópoli. ¿En qué coinciden ante todo y en qué discrepan Roosevelt y Churchill? El Presidente norteamericano no está seguro de que la guerra se desenlace en Europa. En una de sus arengas desde el micrófono dijo que el teatro de las operaciones es el globo con siete marcos en que están arando el futuro quillas aliadas. ¿Va a reñirse la batalla final en los Balcanes o en el Pacífico? Lo uno y lo otro es vaticinable, según Roosevelt, y lo uno mucho más que lo otro, según Churchill. Lo que los dos admiten es que Rusia resistirá en el este a Alemania como la China de Chang-Kai-Chek al Japón en el continente asiático.

Los que dan la vida en los campos de combate matan a la muerte, y a la voz de la historia, que es voz de mando, se ponen en pie y hablan recio. Con sus muertos —dos millo-

(1) Las conversaciones de Tabriz quedan incluidas en las de Teherán.

nes— acudió a Tabriz el mariscal Stalin a precisar sus demandas. Esos eran sus poderes y esos multiplicados lo serán en su día. Su doctrina es perdición y corrompe cuanto toca, pero la doctrina pasa y el sacrificio queda. De aquí se parte para plantear cuestiones que elucidaremos después. La guerra contra el Japón en el mar Pacífico, sin ser de usura, como algunos creen, es lenta y de tanteos cautos. El acecho de los submarinos alemanes la perturba, pero con él, sin él o contra él, urge el golpe en el reducto asiático. Muestran los aliados gran aplomo y se coligan con el tiempo, que ha sido siempre en Inglaterra gentilhombre. “El que se impacienta primero, pierde”, reza un proverbio en la nación de Churchill y de su antepasado el duque de Marlborough, de quien es biógrafo. Los aliados recatan la prisa, pero, pese a todo, la tienen, porque la fiema ayuda al Japón más que a los Estados Unidos. Pero en Teherán como en El Cairo una inquietud ha dominado a las otras y desasosiega aun en la Casa Blanca. Se trata del pacto de no agresión y de neutralidad recíproca entre los Gobiernos de Moscú y de Tokio. En El Cairo estuvo Chang-Kai-Chek, pero no el mariscal Stalin, y fué allí donde se trató del estatuto territorial de Asia después de la victoria. Va a ser roto el anfictionado nipón que sueña con la hegemonía sobre el continente. Prometen, al parecer, Londres y Washington a Chang-Kai-Chek que le serán devueltas a China Formosa y la Isla de los Pescadores. Formosa, china desde 1683, fué cedida al Japón por el tratado de Shimonoski, de abril de 1895, a la vez que Hokoto, nombre chino de la Isla de los Pescadores, cuya capital es Bakó. Londres y Washington prometen más, mucho más, y es restituir a China el Manchukuo, que es todo un Estado, pero además un imperio regido por el último de los hijos del cielo, o sea por Pou-yi, con el nombre de Kang Teh. Con el Manchukuo, cuya extensión es dos veces y algo más la de España, y sus 37 millones de habitantes tomarán, si toman y si la promesa no es un cuento pekínés escrito en las nubes, las provincias de Jehol y de Chahar. El Manchukuo dió al Imperio chino la dinastía disuelta por el edicto de la emperatriz viuda L'ung Yu en 1912. Es mucho dar si se quiere, pero el Manchukuo no por eso era chino ni

renunciaba a sus leyes viejas. Por las tres provincias del este se batieron en tierra manchú, en 1904, rusos y japoneses. Después de Yalú, Liaoyana y Mukden, del sitio de Port-Arthur y de la batalla naval de Tsushima, la Rusia de Nicolás II evacuó la Manchuria, que este monarca había anexionado del mismo modo que el Turkestán y Shagalien. Estimó siempre Rusia que Vladivostok, puerta terminal del transiberiano, no ofrecía seguridades junto al Pacífico. Para acortar en cerca de mil kilómetros la distancia entre Vladivostok y Moscú se hizo el ferrocarril del este chino, con que soñaban no ya los dos Alejandros, sino el mismo Nicolás I, cuya frase: "Pedro el Grande sigue gobernando y seguirá en muchas generaciones", está siendo resucitada ahora. Al ferrocarril del este chino siguió el submanchuriano, que unió Puerto Arturo, ciudadela de Liao Tung y puerto sobre el golfo de Petchili, con Harbin, y al cumplirse el sueño de los zares sobrevino la guerra. El Japón no se concibe a sí mismo sin tutela política sobre los territorios manchúes; la Rusia de Pedro el Grande, que fué después la de Alejandros y Nicolases y es ahora la de Stalin, tampoco. Premeditan Roosevelt y Churchill despojar al Japón de su tutela sobre las provincias del este, pero lo que le quitan a Hirohito no se lo dan a Stalin, sino a Chang-Kai-Chek. Hay más, y es que el estatuto nuevo de Asia, que altera el régimen del Manchukuo, alterará también el de las dos Mongolias y consiguientemente el de varias repúblicas que con el dictado de autónomas son satélites en el sistema ruso. ¿Han querido Londres y Washington allanar así la clausura en que el Kremlin recata sus intenciones? En un libro de la Gran Guerra, *En guardia*, un personaje que pasa por tenebroso nos dice: "He sido espía, contraespía, recontraespía, espía del recontraespía y contraespía del espía del recontraespía, o sea, mi propio espía." Stalin no se acecha así, ni se embota, pese al tópico, con estos juegos múltiples. Su designio es viejo en Rusia y le llega, a través de los zares, desde Pedro el Grande. Su comunismo es imperialista y lo incanjeable en él es lo menos suyo. Corre estos días la prensa de Europa un artículo publicado por "Curentul", de Bucarest, en el que se estudia la evolución del bolchevismo hacia el culto a los ejércitos

y a los héroes nacionales. Al sobrevenir en Rusia las derrotas de 1941, los militares se quejaban contra el Servicio político del ministro del Interior, el N. K. D. V., que fué primero la Cheka y después el "gepeú", y en todo instante un mecanismo de alta tortura con gran ajuste en sus piezas. Se proponía, ante todo, la N. K. D. V. sondear e inquirir la vida de los militares, del mariscal al último cabo. Desmontaba policialmente los móviles de la conducta sin descuidar los resortes más íntimos. Nos afrenta y se afrenta el que escruta así, pero además se engaña. Erró mil veces en las indagaciones el N. K. D. V.; no erró jamás en el tiro en la nuca. "O el Servicio político, o nosotros", intimaron los militares, y Stalin respondió: "Vosotros". Hay que optar, a lo mejor, cuando se es gobernante, no por lo que se prefiere, sino por lo que se repudia.

No sondemos nosotros; pero Stalin ha optado por los militares, a los que arrega con el bastón de mariscal en el puño. Escribía "Curentul": "Podríamos afirmar que Stalin ha resucitado el célebre 18 brumario de la Revolución francesa preparando la transformación de una Rusia soviética en una Rusia militar. Los viejos ídolos comunistas, Carlos Marx, Engels y Lenin, han sido reemplazados por Kutujov, Suvarov y Alejandro Nevsi. ¿Es Stalin un tragediante que ha cambiado arteramente de máscara? Lo será, pero un uniforme de mariscal configura e imprime carácter, y Stalin no es de piedra." Cuando "Curentul" habla de la fase bonapartista del bolchevismo, pone sin duda la flecha en el blanco. "Vencedora o vencida —añade—, la Rusia soviética no volverá a ser lo que era". Vuelva o no, estas reflexiones nos ayudan a comprender las conversaciones entre los cuatro. No olvidemos que en El Cairo estuvo Chang-Kai-Chek, pero no Stalin el mariscal, y en Tabriz estuvo Stalin, pero no Chang-Kai-Chek.

EGIPTO, CENTRO DE IMANTACIÓN DE ORIENTE.

Está en Egipto el centro de imantación de los Estados de Oriente que giran en la órbita aliada. El derecho de asilo

ha entrado en su cuarto menguante dondequiera menos en la nación en que el rey Faruk vive destinos clementes. Dos soberanos de Europa se han acogido a la hospitalidad del Gobierno de El Cairo: Jorge II de Grecia y Pedro II de la que fué Yugoslavia. Danés por su sangre es Jorge como su abuelo Guillermo de Slesvig Holstein, hijo del rey Cristian nono de Dinamarca. No es un atrida, pero Grecia capta y ha transfundido su sangre solar en la del soberano. Con Jorge II y con Pedro sirven una misma causa sus gobiernos y sus tropas. De Egipto partió el avance de las divisiones aliadas hacia el oeste a través del desierto de Libia. Sin las bases militares de cerca del Nilo no habría bases hoy en el Tirreno ni en la costa adriática de la Apulia o de los Abruzos.

Centro de la acción balcánica de los aliados es también Egipto, y para seguirla de cerca estuvo allí Potapov, que es de los hombres más despiertos de Rusia. Ve El Cairo, el ir y el venir de los panarabistas y ha alojado a los representantes técnicos de Egipto, Turquía, Persia, Palestina, Líbano, Siria y el Irak, que estudian la regulación del tráfico ferroviario. De la guerra china y anglosajona contra el Imperio del Sol Naciente han tratado en El Cairo Roosevelt, Churchill y Chiang-Kai-Shek. La ciudad del Nilo está siendo la *caput*, y más aún el corazón, del Oriente próximo. Hace algunos años, en una réplica al discurso de Sir Samuel Hoare contra la constitución egipcia de 1923 y 1930, Sadki recordó la frase de Lord Carnarvon: "Al egipcio le bastía ya el egiptólogo." Era el quinto conde de Carnarvon de la casta aguileña de los "highbrows", o sea de los "dandys" de cejas altas. Este bando de los "highbrows" vivía hacia 1928 en pugna con el de los "lowbrows", o sea de los "antidandis", de cejas bajas. En esa fecha, que hoy parece remota, el "highbrow" arquea displicentemente el puente superciliar para que pase por debajo la vulgaridad como un río sórdido; se vigila y se exige, se alquitara, sabe exceptuarse. Quema en su corazón la basura de cada día hecha de lugares comunes. Su gusto es difícil, su paladar para la vida, descontentadizo, y su lema cabe en el verso de las estancias que Percy Bysshe Shelley compuso en Nápoles:

*To me that cup has been dealt in another measure
(Mi copa fué escanciada con muy otra medida).*

Más que un hermético, es un distante, y por el arco de su ceja pasaría "la torre del menosprecio" de Nankin como un dado diminuto. En la mitología mallarmecana su signo, más que el cisne, más que el azul, es el hielo. El "lowbrow", el "antidandy" de las cejas bajas va destilando despecho contra el "highbrow", de quien el modo de aludir, de eludir y de elidir le irrita. El conde de Carnarvon era de la casta aguileña de los "highbrows", cuya vida conocemos por su hermana Lady Berghelése. Es ella quien ha contado que el conde aborreció el clasicismo del acueducto sin agua y de la vía impracticable. No se satisfacía ni con reminiscencias ni con resonancias de la antigüedad que Eton imbuye rapsódicamente. Quiso siempre que tres verbos le resumieran cuando él se fuese al otro lado de la existencia: "amó, viajó, leyó". Una caída de automóvil yendo en Alemania hacia Schwalbach le dejó malherido y, temporalmente, ciego. "Con lo que me quedaba por ver y por leer", dijo a su enfermero. Fué más tarde a Egipto y se dió a excavar con la misma exigencia que antes a leer y a trasvivir en la obra de arte. En la cumbre de Sheick Abd-el-Gurno halló la momia de un gato, un tigre-cillo sociable dentro de un arca que se conserva ahora en un museo de El Cairo. Este descubrimiento, aunque inocente, le trajo "luz nueva a las cosas del mundo". Pero años después descubría con Carter la tumba de Tutankamen. Turbó el reposo de siglos de un faraón de prosapia divina, y al punto el aire del hipogeo, aire que es numen inteligente, cortó con sus filos la vida del intruso.

"No se quiere oír en Inglaterra, decía Lady Berghelése, que mi hermano no murió, sino que fué muerto por poderes religiosos. El creía, sin embargo, en esas fuerzas del más allá, a las que retó en cierto modo, y ellas no se estuvieron quietas." El las temía, pero les araucó, a la gran manera de los "highbrows", las cejas altísimas. Tebas, la ciudad de las cien puertas, hizo bien en perpetuar el recuerdo de aquel patricio que retó a poderes de los que un pudor muchas veces milenario

nos veda hasta el nombre. Un obelisco le basta y una inscripción en la arca para que el viento la borre, que diga: "El azar actúa donde quiere y no hay golpe de dados que lo desvíe."

Ya por entonces Egipto rehusaba el tributo de los egipólogos, aunque de algunos de la gran especie, como Champollion, guarde memoria entrañable. Como después Venecia, bajo Mussolini, sintió la náusea de las lunas de miel internacionales junto a sus monumentos.

"Que no nos embalsamen en ciencia, gritó un gobernante en El Cairo, que nuestro sino no es embalsamar o ser embalsamados; sabemos ya de las treinta y una dinastías todo lo que hay que saber. Hasta la Esfinge, que ha callado cincuenta siglos, es una esfinge sin secreto. Nuestra escritura no es la escritura jeroglífica, sino la de letra que con sangre entra." Otros días corren ahora que aquellos en que el capitán de un barco mercante que iba a Egipto preguntó a sus tres hijas: "¿Qué os traigo?" Pidió la primera: "A mí un camello." Pidió la segunda: "A mí una momia". Y la tercera, con más fantasía aún: "A mí un obelisco." Y un puerto de Santander vió a los cuatro meses el camello, la momia y un obelisco, que, aunque enano, era tan obelisco como el de Luxor.

No fué el primer nacionalismo, el de Ismail Pachá en la nación egipcia el nacionalismo de la tierra y los muertos. "Los que nos precedieron durante siete mil años —decía el fundador— importan menos que los que nos sigan." Mandó Ismail erigir en El Cairo dos estatuas, la una a su abuelo Mehemet Ali y la otra a su padre Ibrahim Pachá. Los musulmanes se escandalizaron, porque el Islam proscribe las imágenes humanas. "Sí —repuso Ismail, que fué kedive entre 1863 y 1879 y presidió la apertura del Canal de Suez—, sí, pero la excepción no vulnera el precepto, sino lo canoniza de nuevo."

Mehemet Ali, Ibrahim Pachá, Ismail, Ahmed Fuad I y Faruk —cinco generaciones—, se transmiten con la antorcha de la vida el nuevo culto al Egipto de hoy y de mañana. ¿Que el tratado de alianza angloegipcio de agosto del 36 no ha abolido la ocupación militar, pues que lo sustituye por la presencia de fuerzas británicas en las cercanías del Canal? Ocupación,

presencia de fuerzas...: no pesemos en balanza de platero estas voces. Se enriquece Egipto y se manumite de sus acreedores y de la Deuda pública. Resurge como Estado con puesto al sol y tercia en los litigios del mundo. "Nuestro saber, afirmaba Taha Husein, rector de la Universidad Faruk, de Alejandría, no es saber distinto del de las Universidades de Europa, aunque se apoye en la tradición de las escuelas del Viejo Oriente. Creemos en la unidad de la ciencia, como también en la unidad del destino humano." Como en el orden político y en el del saber, sucede en otros órdenes de la vida egipcia. El "Middle East Supply Centre" hace posible el abastecimiento de los países situados entre el norte de Africa y la India. Ismet Inonu, jefe del Estado turco, acude a El Cairo en un instante en que la atención del mundo se concentra en Angora. Ciertamente, hace siglos que el pueblo egipcio atrae a los grandes de la tierra. Desde la antigüedad hasta Napoleón Bonaparte cien espadas de capitanes gloriosos se han mirado en el Nilo... Otra vez, en todo caso, Egipto es centro de imantación de los Estados de Oriente y lugar de los que cuenta en el orbe. La Historia vuelve.

LAS EXPEDICIONES CIENTÍFICAS AL SÁHARA.

Ante todo, política, y después y siempre, política. Ella, desde que el hombre es hombre, rige la continuidad de sus afanes. Desde uncir la fiera al yugo y bajar el rayo al horno, es la política la que lo hace todo. Da leyes al remo y al arado, a la forja y al telar. Inventa la rueda como luego el nivel y la plomada, y, tras de construir la nave, mide los astros que la guían. Mide también en tierra firme, en el agro, parcelas, y hace más, pues las inscribe en el Catastro. O sea, ya el campo es propiedad y no paisaje, y el agrimensor da al forense las lindes que el Derecho hará quititariamente sacras. Descubierta la propiedad, ya el resto se llama civilización, a la que la política provee de normas y de armas. Civilización es suma de bienes y de uno de ellos, la necesidad, nace el ingenio, como de otro, la avidez, nace la sabiduría. Necesidad y

curiosidad llevan justamente al hombre lejos de sus larvas, y es la política también la que le empuja, a la vez que le presta sus recursos; y eso que ha sido así en las primeras edades del mundo lo es en las demás y lo es en la nuestra. Políticas son las expediciones de los que exploran el mundo al servicio del saber o al servicio de la riqueza, y, pues lo son, el Estado las estimula y las prepara por sí y las mantiene.

Dos al Africa occidental ha organizado el Instituto de Estudios Políticos, sirviendo así designios estatales de la España de hoy. La primera, de naturalistas, ha regresado luego de allegar en el Sáhara materiales para una gran labor. Componían la misión tres investigadores: don Francisco Hernández-Pacheco, catedrático de Geofísica en la Universidad Central y jefe de esta sección en el Museo de Ciencias Naturales; don Carlos Vidal Box, conservador geólogo de este Museo y especialista en estudios de la Fisiografía litoral, y don Emilio Guinea López, geobotánico versadísimo en floras esteparias y desérticas. En la historia del siglo XIX, al que un libelista de raza llamó estúpido, los viajes de exploración al continente negro son por sí ejecutorias que ennoblecen a una época. En el repertorio de nuestros ademanes entran el "porque sí", la "real gana" y el "a Roma por todo". Porque sí arremetía Daudet al siglo XIX, porque sí y porque se llamaba León, *quia nominor leo*; pero, aunque francés, no león de los que aprenden a rugir en el conservatorio. No es grave que él dijera lo del siglo estúpido, sino que éste, aquél y el otro, que se añan para ser vistos, lo repitiesen después. Cien nombres ilustran en el XIX las expediciones al Africa. Dos precursores, uno a fines del XVII, se adelantan: Mungo Park, que remonta el Níger y muere en él, y Renato Caillié, que rompe el primero la clausura de siglos de Tombuctú, tan rondado con penachos militares después. Hay momentos en la Historia —cinco o seis— en que el hombre, entre sollozos de júbilo, le grita al tiempo que se pare y mire. Ese fué el grito del viajero inglés Speke al descubrir las fuentes del Nilo —selladas por el misterio— en el lago Victoria y Nyanza. "Recorre, pues, el río sagrado —escribe Speke— 34 grados de latitud, o sea, la longitud de 2.300 millas, que son más de una onzava parte de la cir-

conferencia de nuestro globo." Como Speke fluir en el Victoria, vió Baker al Nilo verterse en otro lago, en el Alberto, que, como el Tanganyka y el Nyassa del Africa oriental, es un lago tectónico. No nos refiere Sir Samuel Baker en primera persona el descubrimiento, sino así: "Hallaba recompensa a mis esfuerzos durante años y años en el Africa central, *Inglaterra* había descubierto..." Baker era, ciertamente, la Gran Bretaña, y Speke también, y los manantiales del río sacro son desde entonces ingleses, como los del Amazonas, en el Nuevo Mundo, son para la eternidad españolas. Los dos geógrafos escriben bien, y otros como Livingstone, que descubre el lago Nyami, como también el Luapula y el Bangueolo, cruza el Africa austral de este a oeste y reconoce el Zambeza, son misioneros que se abrasan en caridad hacia las tribus. Henry Morton Stanley o Jorge Schweinfurth, que en su libro *Im Herzen von Africa* nos refiere su viaje por las tierras sudanesas de los Niams Niams y los Mombuttu y sus hallazgos en las de los Uelle y los Akka, Grant o Rohlf. Vinker o Serpa Pinto, Savorgnan de Brazza o Frank James, Donaldson Smith o Marchand dejan al Africa sin secreto y salvarían por sí al siglo XIX si en un como jueves gordo de la Historia se diese la colosal faccía de que un siglo necesita salvarse. Viajan esos exploradores y además estudian en los países a que llegan razas, idiomas, mitos, creencias, tótemes, usos, canciones, leyendas como las que Frobenius recoge en su Decamerón, o bien el clima y los misterios o la fauna, la flora, los minerales o los rudimentos de artesanía. Gracias a esos exploradores hemos sabido cómo son las geórgicas del somali o del felata, del Tuareg o del Kassongo y cómo las mil y una tribus, bajo cielos y en climas y en latitudes diversas, aman, combaten o se ingenian para vivir. A los viajeros del XIX en Africa el XX les recuerda, y más que a todos a los que dejaron allí sus huesos, como Dikson, Richardson, Vogel, Neuglin o Steudner. Les recuerda, decimos, pero, además, les continúa para partir con ellos el honor y la fama. Las misiones españolas al Sáhara añaden reputación ante el mundo al nuevo Estado. Cien años y más han transcurrido desde los viajes de Laing, de los Lander o de los Brisson a través del Sáhara, y

no tanto desde que Nachtigal recorre el desierto y trae de él su obra maestra, *Sáhara y Sudán*, que hoy todavía nos gana con el mismo hechizo con que nos ganó en las lecturas de la adolescencia. Las expediciones científicas al Sáhara español son, pues, altos estudios, pero hay un resto que se nos da por añadidura. Esos viajes son, a la larga, riqueza para la nación que los organiza y tanto como riqueza incremento de poder y de fuerza moral. Una expedición científica al Africa, la de Iradier con otros geógrafos, nos supuso el Muni, cuya capital es hoy la de toda la Guinea. El Instituto de Estudios Políticos, al promover estas expediciones, mira alto y ve lejos. De retorno ya la primera, la de naturalistas, va a salir la segunda, la de antropólogos y etnógrafos, formada por don Martín Almagro Bach, catedrático de Historia antigua de la Universidad de Barcelona, director de la Sección de Etnografía y Arqueología, director del Museo Arqueológico barcelonés, miembro del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y del Instituto Arqueológico Germánico, de Berlín; don Santiago Alcobé, catedrático de Antropología de Barcelona y director del Seminario de Antropología Física, miembro del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de la Sociedad Antropológica y Etnográfica de Portugal, y don Mariano Arribas Palau, profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de Barcelona en su sección de Ciencias Semíticas y en la rama de Filología.

No decimos que el Estado manda y la ciencia obedece. Quiso alguno apelotonar a toque de corneta hombres de pensamiento en el patio de armas de la *Civitas Dei*. Quien extrema una causa la compromete y no hay por qué mezclar conceptos desiguales en jerarquía. De la ciencia para el Estado no cabe hablar sin una previa noción de los límites. Llegó al otro lado del Pirineo Maurras hasta desear una religión para el Estado. No se había arrepentido aún, y al soñar los baluartes de su patria incluía una Aviñón torreada que tramitase la salvación de los condecorados franceses. Era ir más allá todavía que el regalismo galicano de otro tiempo. Maurras es, ciertamente, por su formación el menos jansenista de los hombres, pero el nacionalismo embriaga y, lo que es peor, ciega. Creemos nosotros, simplemente, que desde el seminario de investigación

o desde la cátedra se sirve al Estado como desde la celda, el campamento, el obrador, el bufete o la fábrica. Creemos más, y es que se sirve una política, y en el caso de las expediciones como las organizadas por el Instituto una política internacional. Y porque lo creemos, enviamos a los seis profesores que han investigado o van a investigar en el Sáhara nuestro parabién.

EL GOLPE DE ESTADO DE BOLIVIA.

La guerra de la independencia de América es guerra civil. Hablan los historiadores de Bolívar, de San Martín o de Páez, como hablan de Abascal, de Morillo o de La Serna. Combatir es otorgar, aunque el error ande por medio. No se luchaba allí porque el cuerpo pidiese pelea. El proverbio rimado de Nietzsche:

*Allá donde hay guerra
soy de la partida,
broto de la tierra.*

no explica nuestras pugnas de entonces, aunque otras sí, quizá. De las figuras de Ayacucho, la más noble para nosotros es la de Sucre, a quien se compara mucho con Washington. Fué Sucre el primer presidente de Bolivia, el que dijo: "El mando es tormento". Sí, y el amor y la ciencia, ¿y qué no? Partir, se dice, es morir un poco; pero quedarse es morir del todo. Gobernar atormenta, ciertamente, pero ¿y no gobernar? Dios nos dé brega antes que la paz del pantano, que es paz dé muerte. El dilema es siempre el mismo para lo que sea. O despedazarse en la angustia, o caerse a pedazos en la inacción. No era español, por el talante levantisco, como lo fué don Antonio José de Sucre, aquel Santa Cruz, que llevaba en las venas sangre de emperadores incas; pero mandó tormentosamente y dijo: "Lo mío es perecer para que el Estado no perezca." Fué uno de los grandes forjadores de Bolivia; pero esta nación, entonces y después, padece el vulcanismo político. Después de Santa Cruz, entre 1830 y 1886,

la nación andina conoce sesenta revoluciones y ve morir a seis presidentes. Sabemos todos cuánta es su riqueza en estaño, en plata —“Potosí es nombre de fábula”, cantó Darío—, en cobre, en plomo y en bismuto.

A fábula suenan también Oruro, Corocoro o Tasna. El tiempo multiplica en el que fué alto Perú sus ganados, y con ellos las plantaciones de quina, de algodón, de caña de azúcar, de coca o de caucho.

Si mantuvo Bolivia, como el Perú, dos civilizaciones antes de la conquista, la aymará y la quechua, cooperó con la nuestra desde una de las universidades más gloriosas de América, la de Charcas, en la ciudad que se llama también La Plata, Chuquisaca y Sucre. Abierta vive la nación a los cuatro vientos del espíritu, y el mensaje de sus hombres de letras nos halaga; el saber y la riqueza no conjuran, empero, el vulcanismo político, que es cosa de entrañas. Días atrás sobrevino allí otro golpe de Estado que derribó del poder al general Enrique de Peñaranda, presidente de la República. De 1931 a 1940 en que Peñaranda fué exaltado a la presidencia, se sucedieron en la primera magistratura: Salamanca, a quien se procesó ruidosamente; Tejada, Solórzano, el coronel David Toro, héroe con cruces y con cicatrices del Chaco; el coronel Busch, muerto en circunstancias misteriosas, y, en fin, el general Carlos Quintanilla. Gobernó Peñaranda con firmeza en un momento en que Bolivia, que inmoló tantos hijos en el Chaco, se restauraba difícilmente. Cuestiones de límites con el Paraguay reencendía en los patriotas el ardimiento de la contienda reciente. Planeaba Paraguay anexiones como la de Santa Cruz, donde se avivó una revuelta separatista con agentes provocadores. Nos está vedada toda intrusión en estos litigios, que conocemos imprecisamente, pero recordamos que la entereza de Peñaranda retuvo dentro de los confines nacionales Villa Monte y los yacimientos de petróleo.

¿Qué le imputa el comandante Villarroel, presidente del gobierno provisional, a Peñaranda? Lo ignoramos. El grupo triunfante se llama nacionalista, y eso en un país con indios y con población mestiza es una temeridad. Si aquí la voz

nacionalista nos disgusta, qué no será en un país donde sólo en la meseta los aimará y los cholos dan el nueve por diez de la población total? Víctor Paz Estensoro, ministro de Hacienda de la situación, ha dicho que el grupo nacionalista revolucionario mantiene en el orden internacional los compromisos firmados por Peñaranda. Se suma, pues, a la causa aliada y corrobora la adhesión del país a la Carta atlántica. ¿Entonces? El vulcanismo deja intacta la prosperidad de Bolivia, y eso en España nos contenta.

Las historias de los presidentes de Bolivia, desde los Belzú, los Linares, los Melgarejo, los Ballivián y los Frías, Daza, que es quien asume el mando durante la guerra con Chile que le cuesta a Bolivia todo su litoral con los puertos de Antofagasta, Mejillones, Cobija y Tocopila; los Campero, los Pacheco, los Arce y los que les siguen hasta Villarroel, son unas y las mismas. El mando es tormento, pero mando que dure suscite Dios en un hombre providencial de Bolivia. Mando que dure, sí, tormento para años. Que las convulsiones pasen y la voluntad creadora quede.

HUNGRÍA.

El regente de Hungría, Nicolai Horthy de Nagybanya, devuelto a sus funciones cuando su hijo Vitez cayó en el frente en que combatía, cuenta con uno de los gobernantes más idóneos de Europa. Este Kallai es de la noble estirpe de los fundadores y de los animadores ante los cuales todos valemos más. Hemos dicho antes de ahora que hay hombres que actúan con su presencia y nos comunican esperanza y brío. Allí donde están se renueva el aire, y sin más que existir emiten bienestar en la onda de su energía. De esos hombres es el gran patricio que nos recibió en Budapest con benevolencia que nunca olvidaremos. La cortesía en algunas naciones es un legado; en la nación de los Zrinyi y de los Esterazy es, además, una obra maestra. Nos habló de España el presidente y vimos que la conocía de las dos maneras propias del gentleman: como enamorado y como versado. No menos

que sus palabras de entonces nos contentan las que la radio difunde estos días:

“La vida de las naciones, dice el gobernante, es una suma de sacrificios. Hungría, desde hace más de un milenio, los aceptó como un honor antes que como un deber. Lo que hacían nuestros antepasados lo hacemos disciplinadamente nosotros.”

Data esta escuela de abnegación allí desde los días del príncipe Arpad y los tres santos, entre los que está Isabel, laoda en las secuencias de la catedral de Colonia y en códices, vidrieras o tablas, de Marburgo a Kassa, de Bamberg a Cambrai, de Eisenach a Burgos. Desde aquellos días, pasando por los de Hunyadi, vencedor de los turcos, hasta los de Szecheny y los de Kossuth, se suceden héroes del mismo ardor y de la misma entereza. Kallai, pues, apoya su afirmación en cientos de ejemplaridades que se suman en el tiempo.

“Somos, ha añadido el presidente, los que éramos. Constituimos ayer el baluarte de la civilización cristiana contra el turco. Salvamos al Occidente, del que Hungría fué la adelantada, y el impulso que entonces nos movió es el que nos ha movido en 1941 a intervenir en la lucha contra el bolchevismo. Aspiramos a vivir dentro de nuestras fronteras como nación libre que somos para ayudar al gran progreso humano. Mantendremos, eso sí, las tradiciones y las maneras de ser que nos son propias y nos caracterizan ante el mundo.”

¡Cuánta dignidad y cuánto desprendimiento hay en estas declaraciones! Recordemos que el tratado del Trianón fué una afrenta para Hungría, a la que mutiló cruelmente. Tuvo esta nación nobilísima que ceder la Eslovaquia y el territorio subcarpático a los checoslovacos, la Transilvania y el Banato oriental a los rumanos; Croacia, Eslavonia, Bacska y el Banato occidental a los yugoeslavos, y Fiume, en fin, a Italia. Después de junio del 20, fecha del Trianón, se han rectificado fronteras, pero Hungría sigue mutilada. Se esfuerza esta nación, empero, y cuán abnegadamente, en acallar sus razones para servir la causa de la unidad moral de Europa. Juntas alguna vez la sirvieron divisiones húngaras y regimientos de la vieja España. De la empresa común quedaron allí cañones

CRÓNICAS

de aquí, y hoy están como un recuerdo histórico en la ciudadela de Buda, en la que una lápida reza: "In memoriam heroum Christianorum pro orbe Buda mortuorum." Del doble linaje de fundadores y animadores es Kallai y de la gran familia húngara que vive su cruzada y se desvive con gentileza cristianísima por la paz. ¡Viejo país de caballeros el del presidente!...

PEDRO MOURLANE MICHELENA.

